

mero de 2,000 hombres por 200 del batallón de Aguascalientes y 200 caballos á las órdenes de Torrejón, (240) se mantenían hasta la hora en que Valencia escribía; y agregaba este jefe: "Yo, Señor Excmo., tranquilo en el testimonio de mi conciencia, en mi lealtad y valor público para defensa de mi patria, me mantendré en este punto de eterna gloria para la nación y para el ejército mexicano, hasta la conclusión del mismo ejército y de mi persona." La diferencia y hasta contradicción de ideas entre uno y otro documento sólo se explica diciendo que el primero fué escrito cuando Valencia, aunque no hacía mención de las fuerzas de Santa-Anna, seguía contando con su presencia en el campo de batalla; y que al extender el segundo sabía ya que no le darían auxilio, y había recibido la orden de abandonar sus posiciones para incorporarse con las demás fuerzas de México.

En efecto, según declaración formal escrita del ayudante de Santa-Anna, D. José María Ramiro, á las seis de la tarde le ordenó el general presidente pasar al campo de Valencia y prevenirle "que se retirara como pudiera en la misma noche, ya que había comprometido acción, y se incorporara con las tropas que había llevado en su auxilio, las que no podían batir al enemigo por impedirlo las barrancas que estaban á su frente." Ramiro no llegó al campo de Padierna sino á las nue-

(240) Cuatrocientos caballos dice en su manifiesto.

ve de la noche, y asienta textualmente: "Mas dicho E. S. general Valencia no me dejó ni concluir mi comisión, diciéndome que lo habían abandonado, y que habiendo batido al enemigo cinco horas y teniéndolo sujeto con el batallón de Aguascalientes y la caballería que mandaba el señor general Torrejón, que sólo pedía los 6,000 hombres (las tropas de Santa-Anna) y municiones para su artillería." Al salir Ramiro del campo del general Valencia, á las diez de la noche, recibió de él dos pliegos (indudablemente sus dos comunicaciones) para Santa-Anna, á quien los entregó dándole cuenta de su comisión á los tres cuartos para las dos de la mañana del 20. Santa-Anna dice á tal respecto: "Considerando lo que sufriría la división del Norte con la lluvia, sin abrigo alguno, y que ni los hombres ni las armas quedarían útiles para empeñar una acción al otro día, anhelando evitar la derrota que prevenía, ordené al general Valencia que en la misma noche, clavando la artillería, se retirara á San Angel, pudiendo servirle de guía el que conducía á mi ayudante de campo D. José María Ramiro, portador de mi orden; pero, obstinado en desobedecerme, la despreció y permaneció en aquel funesto lugar." Valencia dice que Ramiro le manifestó que Santa-Anna "deseaba combinar," "á lo cual no pude menos de contestar lamentándome de la cruel conducta de por la tarde y diciéndole que creo no había necesidad de más combinación: que en la noche me reforzase, y él, al amanecer, atacara

con todas sus fuerzas, con cuya contestación se retiró; y antes de que pudiese llegar á ver á dicho señor (á Santa-Anna) recibí una instrucción toda verbal por conducto de mi ayudante D. Luis Arrieta, del mismo señor general, para que abandonase la artillería y me retirase por donde pudiera, pues al otro día debía estar rodeado de todas las fuerzas enemigas." Me inclina á dar más crédito que á la versión de Valencia á la de Ramiro y Santa-Anna, la circunstancia de que el primero, en su segunda comunicación, se mostraba resuelto á mantenerse en su campo "hasta la conclusión del ejército y de su persona:" lo cual indica, á juicio mío, que había ya recibido la orden de retirarse. En resumen, y haya sido antes ó después recibida la orden, Valencia la desobedeció abierta y formalmente, y nos da lo que él cree la razón de su conducta: "Ni era digno de un ejército que podía ser auxiliado por 14,000 hombres dejar de completar el triunfo de que tantas pruebas tenía; era vergonzoso abandonar su artillería después de lo pasado, y también lo era imposible su retirada, pues debía convertirse en una derrota sin honor, porque tenía que practicarla nada menos que por un camino angosto y difícil que se dirige por el cerro de la Campana al pueblo de Ajusco, y de cuyo movimiento debía resultar la pérdida absoluta de las fuerzas de dicho ejército y el destrozo completo de las del mismo señor Santa-Anna, que tranquilas en San Aigen las hubiera encontrado el enemigo al ama-

ner del 20, al ver que habían desaparecido y abandonádole todos sus trenes, parque, etc., las que con tanto valor habían sostenido el combate el día anterior." Como advertirá el lector, Valencia seguía invirtiendo los papeles suyo y de Santa-Anna, procediendo como general en jefe de todo el ejército, y no pareciendo ni sospechar que la Ordenanza y la subordinación militar fuesen letra viva para él. Por lo demás, á la simple vista del plano, y teniendo en cuenta lo escaso de la fuerza enemiga que había quedado frente á la loma fortificada, y lo distante del pueblo de San Gerónimo en que estaban concentradas casi todas las tropas de Scott, se advierte asimismo, que tan posible habría sido á Santa-Anna en las altas horas de la noche y, sobre todo, en la madrugada, llevar sus fuerzas de San Angel á Padierna por el camino carretero, casi libre y seguro á la sazón, como á Valencia retirarse con las suyas de Padierna á San Angel por el mismo camino. (241)

Entre tanto, la aciaga noche avanzaba, y se acercaban los momentos de la catástrofe. En Talpam, en virtud de las órdenes de Scott, el general Worth daba sus disposiciones para que una de las dos brigadas de su división

(241) En ninguno de los partes norte-americanos hallo el menor indicio de que, después de media noche, quedara fuerza alguna suya en Ansaldo ni en otro punto del expresado camino.

permaneciera teniendo en jaque á nuestro punto fortificado de San Antonio, y la otra avanzara de Tlalpam en la madrugada hacia Padierna, en unión de la 2a. brigada de la división de voluntarios de Quitman; reemplazando á la última de dichas brigadas la de caballería de Harney en la guardia de la ciudad y de los trenes y depósitos. En el campo norte-americano frente á Padierna, los generales Pillow y Twiggs, que se habían extraviado en la obscuridad hasta llegar á los límites de la posición de Valencia y oír de cerca los toques de corneta de nuestras tropas, veían las del coronel Ramson, compuestas de una parte de la brigada de Pierce, ó sea los regimientos 30. y 120. y algunas compañías del 30. y de Rifleros, que, bajo la dirección del capitán de ingenieros Lee, debían por el frente llamar la atención de nuestro ejército del Norte, ó atacarle en forma, según lo aconsejaban y permitieran las circunstancias. Por último, en San Gerónimo y sus contornos, el 150. regimiento con su coronel Morgan, destacado de la brigada Pierce, y las brigadas completas de Riley, Smith, Cadwalader y Shields, á las órdenes del general Persifor Smith, se disponían á embestir nuestra retaguardia, dejando asegurada la suya y quedando en aptitud de cortar el camino á las fuerzas nuestras que á la hora del combate trataran de huir de Padierna hacia San Angel, ó de acudir de este último punto en auxilio del primero.

El general Smith, como se ha visto, formó

su plan de ataque en las primeras horas de la noche del 19, conferenciando con el general Cadwalader y los coroneles Riley y Morgan, y teniendo por base el aviso del teniente de ingenieros, Tower, que había reconocido y juzgaba transitable para la infantería la hondonada á espaldas de nuestro campo atrincherado. Pero no podía Smith, por falta de fuerzas suficientes, dejar asegurada su retirada y con guarnición el pueblo de San Gerónimo, amagado al par por las tropas de Valencia avanzadas á las órdenes de Torrejón, y por la caballería y artillería que Santa-Anna, al retirarse á San Angel, había dejado en las lomas del Toro; y acudió á allanar tal dificultad la brigada de Shields mandada detener en Ansaldo, trasladada á media noche á San Gerónimo, y cuyo jefe, dice Scott, "se reservó la doble misión de conservar el pueblo con sus dos regimientos de voluntarios de Nueva York y Carolina del Sur, contra fuerzas diez veces más numerosas del lado de la capital, incluyendo las lomas á la izquierda; y en caso de que el campo á retaguardia suya (el de Valencia) fuese tomado, hacer frente y cortar la retirada á los fugitivos del enemigo."

Los jefes de las demás fuerzas en San Gerónimo recibieron orden de tenerlas formadas, y con la cabeza ó primera compañía de cada columna sobre la senda por donde debían salir todas á las dos y media de la mañana. "Precisamente á las tres—dice el general Smith—comenzaron las tropas su mar-

cha. Había llovido toda la noche y estado la gente en el lodo, sin fuego y llena de frío; llovía aún, y la obscuridad era tal, que no se veía á distancia de dos varas; se mandó que los soldados caminaran precisamente al alcance del tacto entre sí, para que la retaguardia no se desviara. El teniente de ingenieros Tower y el ayudante general de la 2a. división, teniente Brooks, habían durante la noche reconocido de nuevo el paso para asegurarse de la posibilidad de la marcha. Tower con la descubierta de la columna para guiarla, y los tenientes Brooks y Beauregard conmigo, marchamos á la cabeza de la brigada Cadwalader. La del coronel Riley fué la primera en el orden de la marcha; seguía en el centro la de Cadwalader; y la mía, al mando provisional del mayor Dimick y llevando consigo al teniente de ingenieros Smith, formaba la retaguardia. La senda era estrecha, llena de peñascos y cieno, y tan dificultosa la marcha, que rayó el día antes que la cabeza de la brigada Cadwalader llegara al descenso de la hondonada. . . . Habiendo seguido por ella hasta un lugar que juzgamos á espaldas del campo, mandé que hiciera alto la vanguardia y se nos juntó la retaguardia: tiráronse las municiones mojadas, y Riley formó dos columnas por divisiones. Avanzó así por la hondonada, y subiendo á su borde, quedó frente á la retaguardia del campo enemigo, pero todavía á cubierto de sus fuegos por alguna ondulación del terreno. Después de recorrer y rectificar sus filas, ascendió á la

cumbre de la colina y quedó á la vista del enemigo, que inmediatamente le rompió vivo fuego, no sólo desde las trincheras, sino también desde su flanco derecho. Lanzando sus dos primeras secciones en tiradores, descendió Riley de la eminencia hacia el campo, incorporando y poniendo á la cabeza de sus tropas á la compañía de ingenieros y á los Rifleros que habían sido apostados en alguna zanja intermedia; é inclinándose á la izquierda, cayó con ellos sobre las fuerzas mexicanas situadas afuera del flanco izquierdo de la fortificación. Entre tanto, Cadwalader había seguido el camino de Riley, y formando sus columnas según iban llegando sus tropas, avanzó en apoyo del expresado Riley. La 1a. brigada (de Smith, al mando de Dimick) tenía orden de seguir el mismo derrotero; mas, cuando todavía marchaba por la hondonada, viendo yo un gran cuerpo del enemigo sobre su flanco izquierdo, (242) mandé al mayor Dimick que volviera caras su brigada á la izquierda y, avanzando en línea, atacara de flanco á la expresada fuerza. Fué hecho así, y el 1o. de artillería y el 3o. de infantería, subiendo á la orilla de la hondonada, descendieron al lado opuesto y encontraron á la masa exterior enemiga justamente cuando las fuerzas de Riley penetraban en la fortificación. Cejó ante las bayonetas de nuestros infantes la caballería formada para cargarnos, y su derrota fué completa á tiempo

(242) Probablemente las fuerzas de Ferro y Torrejón.

que la gente de Riley plantaba en el campo atrincherado sus banderas."

El coronel Riley dice en su parte, que al presentarse á retaguardia del campo fortificado, salió á su encuentro la infantería mexicana y fué rechazada y obligada á refugiarse en sus parapetos: que el 2o. de infantería y el 4o. de artillería fueron los primeros en llegar á ellos, rescatando 2 cañones perdidos en la Angostura y pertenientes á la batería del capitán Washington; y que en seguida avanzó el 7o. de infantería, siendo las banderas de los tres mencionados cuerpos las que primeramente enarboló allí el vencedor.

Al tiempo de atacar Riley por la espalda el expresado campo, el coronel Ramson con su brigada provisional (regimientos 9o. y 12o. y compañías de otros cuerpos) "conducida por el capitán de ingenieros Lee—dice Scott no sólo efectuó movimiento para llamar la atención del enemigo; sino que, después de atravesar la profunda barranca del frente, avanzó sobre las trincheras é hizo muchas descargas de fusilería sobre los fugitivos."

Smith mandó perseguir á los que se retiraban por el camino. La brigada de Shields, que había permanecido en San Gerónimo y que en la madrugada encendió hogueras á fin de hacer creer á Valencia que aún se hallaba allí el grueso de los norte-americanos; después de recibir algún fuego y de consagrar su atención á la caballería y artillería de Santa-Anna, apostados en las lomas del Toro, convirtió su frente á la división del Norte ya derrotada, y destacó fuerzas que ocuparon de

nuevo á Ansaldo. Smith asienta que los defensores del campo de Padierna, al perderlo, se retiraron á toda prisa á lo largo de la parte alta de la loma, inclinándose al camino de San Angel, y agrega: "La fuerza de Shields, después de haber tenido en jaque á un enemigo, se volvió contra el otro, que en su fuga se vió cortado por huerta y casa y bajo el fuego certero del regimiento de Carolina del Sur, se dispersó hacia los montes de enfrente, y, abrigándose en zanjas y barrancas, se escaparon muchos hombres en dirección del Pedregal. Dos escuadrones de caballería, fuese casualidad ó por cálculo, en una parte muy estrecha del camino, entre cercas y zanja, depusieron sus armas y ocuparon de tal modo el terreno, que hubo que interrumpir la persecución por espacio de más de veinte minutos; lo que bastó, no teniendo nosotros caballería, para la salvación de gran parte de los fugitivos. Un cuerpo considerable se escapó hacia las montañas, y no lo perseguí, por ir enteramente desviado de mi dirección."

El repetido general Smith, al terminar su parte, resume así los elementos y resultados de la batalla: "Según noticias mexicanas interceptadas, había 7,000 hombres con Valencia y más de 12 frente á Ansaldo con Santa-Anna. Matamos 700 é hicimos 1,500 prisioneros, entre ellos varios generales. (243) Tomamos 22 piezas, á saber: cuatro obuses de á

(243) Shields dice en su parte que la brigada de su mando hizo 365 prisioneros, entre ellos el general D. Nicolas Mendoza.

16, cuatro de 8 pulgadas, dos de á 5 y media, seis de á 6 y seis piezas más pequeñas, con gran acopio de granadas y otras municiones, 700 mulas de carga, muchos caballos é inmenso número de armas cortas que hemos destruído. Después de juntar prisioneros y botín, mandé que continuara la persecución, y estaba formando la columna cuando llegó el general Twiggs y tomó el mando de las fuerzas. Al aproximarnos á San Angel se adelantaron los Rifleros en tiradores, y entramos al pueblo persiguiendo á la caballería enemiga y capturando un carro de municiones." Scott dice en su parte general, que sus propias fuerzas no excedían de 4,500 hombres, ascendiendo á 19 ó 20,000 las mexicanas, cuyo absurdo rectificaré dentro de un momento; que todos los que no fuéron muertos ó apresados, huyeron velozmente; que el número de prisioneros fué 813 inclusive 88 oficiales, 1 de ellos generales; que la mitad de la artillería tomada era de grueso calibre; que la pérdida norte-americana en muertos y heridos no excedió de 60 hombres; (244) por último,

(244) Solamente la pérdida de la brigada de Riley, según el parte de este jefe, fué de 83, contándose entre los muertos el capitán Hanson, del 7o. de infantería, y entre los heridos los capitanes Ross y Wessels y los tenientes Collins y Tilden; y no bajarían de 25 hombres los puestos fuera de combate en las baterías de Magruder y Callender. Se puede, pues, calcular al enemigo una pérdida total de 300 hombres en los combates de Padierna.

que habiendo terminado la batalla antes de que llegaran las dos brigadas destacadas de las divisiones de Worth y Quitman, se dispuso que ambas retrocedieran y volvieran á sus respectivas posiciones. El general Twiggs dice que el 4o. de artillería fué dejado con algunas otras fuerzas á cuidar del campo atrinchado, así como de los heridos y de la inhumación de cadáveres.

En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" hallo que la infantería que afuera de los parapetos de la loma quiso contener á última hora el avance de Riley por la retaguardia y el flanco izquierdo, estaba á las órdenes del general González Mendoza; que Valencia trató de hacer frente con nuevas fuerzas, siendo todas ellas envueltas y arrolladas; que el teniente coronel Zires se revolvió, luchando, con los enemigos; que los generales Blanco y García se sotuvieron hasta que sus graves heridas los pusieron fuera de combate; que los restos de la brigada de Cabrera se retiraron horrorosamente á Ansaldo, en cuyo camino, derrotado también por el vencedor, algunos jefes tentaron valerosamente rehacerse, mereciendo especial y honorífica mención el general Salas, que se puso á la cabeza de la caballería de Torrejón, detuvo á los dispersos é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero.

El mencionado general Salas, segundo en jefe de la división del Norte, en el parte que en desde Talpam dirigió el 23 de Agosto al ministerio de la Guerra, dice que á causa de la

mala posición ocupada y del abandono con que se vieron los movimientos del enemigo, á la madrugada del 20 fueron batidos en todas direcciones por más de 6,000 hombres los 3,000 infantes reunidos en las lomas de Padierna; que trató él de contener la dispersión de nuestras fuerzas, lográndolo por un momento; que ordenó al general Torrejón llevar una carga con su cuerpo, y este jefe, lejos de obedecerle, se puso en fuga, y siguiendo su ejemplo la caballería, atropelló á la infantería y acabó de arrollarla consumando nuestra derrota: habla con elogio de los jefes y oficiales que en medio del desorden procuraron rehacer sus fuerzas para resistir la persecución del enemigo, hasta que cayeron prisioneros: motiva en la desaparición de Valencia su parte, y acompaña relación de los jefes y oficiales prisioneros en Tlalpam, de los que se hallaban heridos en San Angel, y de los que se sabía que habían muerto. (245) En la lista de los últimos halló al general Frontera, al capitán Rico y á los tenientes, subtenientes y alféreces Tejada, Zulueta, Con-

(245) Salas en su parte manifiesta "la total indigencia en que se encuentran los prisioneros, pues que habiendo perdido cuanto tenían y dado orden el señor general americano para que sean mantenidos por el vecindario de esta ciudad que se encuentra asociada, perecerán en la miseria si su gobierno no les imparte los auxilios á que son tan acreedores."

treras, Vergara y Quiriarte. En la de los heridos residentes en San Angel figuraban los generales González Mendoza, Blanco (D. Santiago) y García; los coroneles Ríos y Fuero; los tenientes coroneles Ramírez y Aguirre; los comandantes Arroyo, Múgica, Juárez, Soto y Fernández Cota, y algunos otros oficiales de menor grado. En la de los prisioneros que se hallaban en Tlalpam, y en cuyo número se contaba el mismo general Salas, veo los nombres del general D. Nicolás Mendoza, de los tenientes coroneles Cabrera, Zires, Reyes, Palafox y Silva; de cuatro comandantes, entre ellos Zimavilla y Tabera; de treinta y cuatro capitanes; de veintiseis tenientes; de treinta y seis subtenientes, y de otros muchos oficiales de estado mayor y del ministerio de cuenta y razón de artillería. Se hallaban, además, prisioneros en la misma Tlalpam hasta el 23 de Agosto, 1,339 individuos de la clase de tropa; pero ya formaban parte de este guarismo los prisioneros hechos por el enemigo en los combates de Churubusco.

Valencia, en su manifiesto fechado en Toluca el 22 de Agosto, dice que en la noche del 19, siendo desesperada su posición y sabiendo lo que al amanecer tenía que aguardar de los contrarios y que esperar de Santa-Anna, no le quedó más recurso, de conformidad con el juicio de sus generales, (246) que escoger, como

(246) Alguno de ellos me asegura que todos, realmente, estuvieron conformes con la resolución de Valencia, por haberlos indignado la

encarga la Ordenanza para tales lances, "lo más digno de su espíritu y honor;" "y así fué que me resolví á acabar defendiéndome, perder el campo por la fuerza, perderlo con honor, y que cargara con la responsabilidad y con la ignominia el que fríamente fué espectador de los hechos heroicos de la fuerza de mi mando." Agrega que en la madrugada del 20, previendo que sería atacado por retaguardia, dirigió á tomar una altura dominante, seis columnas compuestas de los batallones 10o., 12o., Mixto, Querétaro, Zapadores y Auxiliar de Guanajuato, á las órdenes del general González Mendoza; que en los momentos en que iba á ser ocupado el picacho; rompió sus fuegos el enemigo desplegando cuatro columnas que ascenderían á 6,000 infantes. "Se trabó—contiúa—un fuego horroroso á quemar-ropa, en quemorían de una y otra parte hombres sin cuento, y al que no pudieron resistir los míos en número tan desproporcionado y sin auxilio alguno; por lo que, matando y muriendo y retirándose, se fueron replegando hasta el centro de mi campo, mas, á la vez, rompió el fuego el enemigo en todo el rededor, al que ya no fué posible resistir, y sí salvar todo lo que se pudiera de estos preciosos defensores de la patria, rom-

orden de Santa—Anna de clavar la artillería; sí bien es indudable que la división del Norte, que no podía ya esperar auxilio alguno, se debió retirar con todo y artillería, cumpliendo así en su parte esencial la orden del general en jefe.

piendo la línea enemiga por los mismos puntos de Ansaldo y San Gerónimo; lo que ejecutó el batallón de Aguascalientes, y por donde, después de casi la mayor parte del ejército, me retiré á la retaguardia de él con mi escolta, de que perdí la mitad, y con el 7o. regimiento de caballería y los generales Salas, Torrejón, Blanco y Jáuregui, habiendo sido éste herido de la cabeza á tiempo que atravesábamos entre los fuegos de los puntos dichos, é ignoro la suerte que corrieron los señores Salas y Blanco, pues, aunque acompañado de los otros dos generales formamos la caballería á ochenta varas del enemigo para proteger á los dispersos, yo no ví salir á los citados señores ni á otros muchos valientes que con sable en mano querían contener en mi compañía, por llenar su deber, á los que ya no era dable el exigirlo." Agrega que estubo allí tres cuartos de hora; que la mayor parte de sus tropas salvadas quedaban unidas á las del general Santa—Anna; que éstas, salidas de San Angel hasta las siete de la mañana á presenciar la derrota, se retiraban, y el enemigo avanzaba ya. En tal momento, pensó el expresado Valencia ir con el resto de sus fuerzas al lado del general presidente; pero "temiendo ser por éi insultado y no poderse contener," se dirigió á Cuajimalpa, donde reunió dispersos y se le unieron el batallón Auxiliar de Guanajuato y el regimiento de San Luis, retirados por la espalda de Padierna con el general Romero. El primero de estos cuerpos regresó á México, y el segundo siguió hasta To-



luca con Valencia, quien desde allí dirigió al ministerio de la Guerra una breve comunicación el 21, avisando su retirada á dicha ciudad y su resolución de reorganizar y aumentar fuerzas, y de manifestar, "cuando se oyera el eco de la justicia," los motivos que tuvo para no venir á la capital. El ministerio le contestó que se presentara al comandante de Guadalupe Hidalgo para que se le formara causa y fuese vista en consejo de guerra.

Santa-Anna en su "Detall de las operaciones" se expresa así respecto de la pérdida de Padierna: "Inquieto yo por el cuidado que, naturalmente, me ocasionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intención de abrimme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso, y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería que venía en retirada y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la más amarga pena."

Hemos visto que, si bien se salvaron algunos cuerpos de la división del Norte, ésta, como tal, quedó desorganizada y deshecha con la pérdida de sus jefes y oficiales, de toda su artillería y de una gran parte de su fuerza

efectiva. Me es imposible fijar la pérdida del enemigo, porque en todas las partes de sus jefes, con excepción del coronel Riley, se hace mención en junto de las bajas habidas en los combates de Padierna y de Churubusco, sin señalar las correspondientes á cada función de armas; pero, como dije en alguna de mis notas, el guarismo de 60 muertos y heridos consignado oficialmente por Scott, es absurdo, supuesto que la brigada Riley tuvo más por sí sola; y la baja total de los norteamericanos en muertos, heridos y dispersos la tarde del 19 y la madrugada del 20 de Agosto, no ha debido bajar de 300 hombres. No es menos absurdo el aserto del mismo Scott, apoyado en los partes de sus brigadieres, de que sus propias fuerzas en dichos combates no excedían de 4,500 hombres, y de que ascendían á 19 ó 20,000 las nuestras. Si nos hemos de concretar á las que se batieron, es decir, á la división del Norte por nuestra parte, no pasaron de 4,000 los mexicanos, y es probable que se aproximaran á 6,000 los invasores cuando hemos visto que dos divisiones suyas de infantería y la mitad de otra funcionaron en las operaciones. Si ha de abrazar el cálculo las fuerzas de observación ó reserva, tendremos que las de Santa-Anna situadas en las lomas del Toro la tarde del 19 constarían de 4,000 hombres entre la brigada Pérez, los artilleros y dos cuerpos de caballería; (247) mientras

(247) La brigada Pérez tendría 3,300 plazas, y á lo sumo llegarían á 700 hombres los dos cuerpos de caballería y los artilleros.

la brigada de caballería de Harney, única reserva de Scott esa misma tarde, no excedería de 600 hombres. En la mañana del 20 estaba en San Angel la brigada de Rangel engrosando las fuerzas de Santa-Anna; pero de parte de Scott, si bien se había retirado la brigada de caballería de Harney, avanzaban de Tlalpan hacia Padierna nada menos que otras dos brigadas de infantería, es decir, la restante de la división Quitman y una de las dos brigadas de la división del general Worth. En la primera fórmula del cálculo resulta superior en número de cerca de 2,000 hombres el enemigo; y si en la segunda es cierto que hubo superioridad numérica á favor nuestro, desde luego se ve cuánto distó de la proporción de 19,000 á 4,500 fijada por Scott. (248) Confór-

(248) Mucha parte de la culpa del abultamiento de nuestras fuerzas tuvieron los mismos jefes mexicanos por su ligereza y exageración al hablar de ellas. Valencia en su manifiesto daba un efectivo de 4,800 hombres (\*) á la división del Norte, que según Salas, tenía 3,000 infantes y la caballería; según los "Apuntes para la Historia de la Guerra" constaba de 3,700 hombres, y según estados oficiales no pasaba de 4,000. Por su parte, Santa-Anna, hablaba de los 6,000 hombres que tenía en las tomas del Toro y que no podían exceder de 4,000, como se ha dicho.

(\*) ¿Y por qué hemos de creer más á Salas que á Valencia y Santa-Anna, que eran sus jefes, y en mayor número? No hay que dar

mense los invasores con haber derrotado á iguales suyos, y no pretendan aparecer vencedores de titanes. Cuantos datos y noticias verosímiles logró allegar acerca de la primera función de armas en el Valle de México en esta guerra, quedan á la vista del lector, quien podrá con tales documentos juzgar por sí mismo de sucesos y actores. Yo creo que el plan defensivo de Santa-Anna era bueno, y que su ejecución habría salvado á la capital; pero creo también que el auxilio eficaz—posible y debido á mi juicio—de Santa-Anna á Valencia en los campos de Padierna, habría impedido nuestra derrota, determinado un triunfo, y dado muy diverso y favorable curso á la campaña. ¿Hasta qué punto las malas pasiones que suelen dominar á los grandes como á nosotros los pequeños, se mezclaron en los cálculos y determinaciones de esos dos jefes que en las primeras horas de una mañana nublada y triste como el porvenir de México, marchaban en direcciones opuestas, ceñido el rostro y ardiendo el pecho en indignación y odio mútuo, al ver cada cual deshechos por su enemigo sus propios sueños de victoria? ¿Creyó realmente Valencia que de la defensa del punto por él fortificado dependía la salvación de la plaza? ¿Juzgó sinceramente Santa-Anna que no podía ayudar crédito á los jefes militares que atribuyen sus derrotas á inferioridad numérica cuando antes de la acción confiesan el número de las tropas que mandan.—(N. del E.)

gadas é incomunicadas con el cuartel general y enteramente al arbitrio de sus jefes respectivos, quienes se vieron en la necesidad de obrar como mejor les pareció: que el mando de ellas, correspondiente á Cadwalader por su grado ó antigüedad, fué indebidamente asumido y ejercido por Smith: que las tropas dejadas en la barranca ó sus inmediaciones, frente á la loma de Padierna, se creyeron abandonadas y en las primeras horas de la noche evacuaron la posición, reocupada despues en virtud de nuevas órdenes procedentes del cuartel general: por último, que faltó plan y concierto en el conjunto y los pormenores de esta función de armas, y que el triunfo se debió á los errores y vacilaciones de nuestros generales, y á los esfuerzos y el criterio individual de los subordinados de Scott cada cual en su línea.

En la relación de Ripley es muy interesante la parte relativa á la retirada de las baterías de Callender y Magruder de su primera posición frente á Padierna, con dirección á Tlalpan en la noche del 19. Habiéndose ocultado la luna y no siendo posible usar de linternas que habrían señalado blanco á los disparos de nuestros cañones de Padierna, la artillería enemiga se retiró por el malpais en la más profunda oscuridad, llevando en camillas á sus heridos, perdiendo soldados y animales de tiro que tropezaban y se lastimaban en las rocas, y hallando, al fin, inutilizadas algunas piezas. El expresado historiador dice que el daño sufrido por tales baterías en su retirada fué mucho mayor que el que habían recibido de nuestros fuegos.

darle sin exponer la suerte de sus tropas de reserva, y que, supuesta la fatal necesidad de la destrucción del cuerpo de ejército del Norte, su deber como general en jefe consistía, ante todo, en salvar los demás elementos defensivos de la ciudad? ¿Qué parte de responsabilidad cupo á cada uno, dado que los dos la tuvieron, en tan horrible y sangrienta catástrofe que comprometía, acaso para siempre, los destinos de la patria? Sábelo Dios, en cuya presencia han comparecido ya sucesivamente uno y otro.

\* \* \*

Al hablar de los sucesos de Padierna, Ripley señala algunas irregularidades en el mando y las operaciones del ejército enemigo.

Hace notar que Scott, hasta la mañana del 19 de Agosto, carecía de la menor idea exacta ó aproximada siquiera, de la posición de Valencia: que su intento al mandar que se reconociera y ensanchara el sendero de Peña Pobre hacia San Angel, no fué otro que el de proporcionarse hacia la capital diferente vía de la recta de Tlalpan á México, completamente dominada por nuestras fortificaciones de la hacienda de San Antonio: que, habiendo sido conferido á Pillow el mando en jefe de las tropas enviadas sobre Padierna, Twiggs empezó á obrar con parte de ellas de propia cuenta, sin sujeción á las disposiciones generales de Pillow: que las columnas que avanzaron hasta San Gerónimo, quedaron de hecho segre-

Agregaré que, según todas las versiones del enemigo, el rancho de Padierna, recobrado por tropas de Valencia en las primeras horas de la noche del 19, no fué conservado por ellas, sino reocupado por las fuerzas norte-americanas dejadas frente á la posición del mismo Valencia.

De los militares nuestros muertos en Padierna, los estados oficiales contemporáneos hicieron mención del general D. José Frontera: del comandante de infantería D. Juan Fernández Cota; de los capitanes D. José María Fajardo, D. Cayetano Ocampo y D. José María Rico; del teniente D. Manuel Tejada, y de los subtenientes D. Juan Zulueta y D. Bernardino Medina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



## INDICE.

	Page.
INTRODUCCION. . . . .	5
I.—CAUSAS Y PRETEXTOS.—Origen de la cuestión de Texas.—Confesión de la diplomacia norte-americana. . . . .	9
II.—CURSO DIPLOMATICO.—Pormenores respecto de causas y pretextos.—Ensanche de los verdaderos límites de Texas. . . . .	14
III.—VERDADEROS FINES DE LA GUERRA.—Influencia de los Estados del Sur.—Habil conducta del ejecutivo norte-americano.—Declaración del presidente Polk. . . . .	19
IV.—AUMENTO.—Noticias más pormenorizadas del origen y el giro de la cuestión.—Negociaciones abortadas.—Declaración de guerra. . . . .	25
V.—SINOPSIS DE LA CAMPAÑA.—Preparativos, curso general y resultado de la guerra.—Reflexiones. . . . .	44
VI.—PALO-ALTO Y RESACA.—Batalla de Palo-Alto.—Derrota nuestra en Resaca de Guerrero.—Pérdida de Matamoros. . . . .	63
VII.—MONTERREY.—Retirada de nuestro ejército del Norte.—Defensa y pérdida de Monterrey.—La capitulación.—Versión del enemigo. . . . .	98